Número suelto € 1,00. Número atrasado € 2,00

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum *Non praevalebunt*

Año LII, número 41 (2.687) Ciudad del Vaticano 9 de octubre de 2020

Carta encíclica «Fratelli tutti»

Fraternidad y amistad social sin fronteras

Francisco reagala a los fieles presentes la encíclica impresa en el «L'Osservatore Romano»

Ángelus

«La fraternidad humana y el cuidado de la creación son el único camino hacia el desarrollo integral y la paz»: lo reiteró el Papa al finalizar el Ángelus del 4 de octubre, hablando de la nueva encíclica, "inspirada" como la precedente en san Francisco, y preanunciando la intención de donarla en la edición extraordinaria de L'Osservatore Romano —que así ha vuelto a la publicación impresa— a los fieles presentes en la plaza de San Pedro. Antes de la oración mariana, en unión espiritual con el santuario de la Virgen del Rosario en Pompeya donde tuvo lugar la tradicional Súplica, el Pontífice había comentado el Evangelio del domingo sobre la parábola de los viñadores asesinos

Fraternidad humana y el cuidado de la creación único camino para la paz

Queridos hermanos y hermanas,
¡buenos días!

En el Evangelio de hoy (cf. *Mt* 21,33-43) Jesús, previendo su pasión y muerte, narra la parábola de los viñadores asesinos, para advertir a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo que están por emprender un camino errado. Tienen, en efecto, malas intenciones con él y buscan la manera de eliminarlo. El relato alegórico describe a un propietario que, después de haber cuidado mucho su viña (cf. v. 33), tiene que ausentarse y se la arrenda a unos labradores. Luego, cuando llega el tiempo de la cosecha envía a algunos siervos a recoger los frutos; pero los viñadores los reciben a palos e incluso matan a algunos. El propietario manda a otros siervos, más numerosos, que, sin embargo reciben el mismo trato (cf. vv. 34-36). El colmo llega cuando el propietario decide enviar a su hijo: los viñadores no le tienen ningún respeto, al contrario, piensan que eliminándolo podrán adueñarse de la viña, y así lo matan también (cf. vv. 37-39).

La imagen de la viña es clara, representa al pueblo que el Señor ha elegido y formado con tanto cuidado; los siervos mandados por el propietario son los profetas, enviados por Dios, mientras que el hijo es una figura de Jesús. Y así como fueron rechazados los profetas, también Cristo fue rechazado y asesinado.

Al final del relato, Jesús pregunta a los jefes del pueblo: «Cuando venga, pues, el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?» (v. 40). Y ellos, llevados por la lógica del relato, pronuncian su propia condena: el dueño —dicen— castigará severamente a esos malvados y «arrendará la viña a otros labradores, que le paguen los frutos a su tiempo» (v. 41). Con esta dura parábola, Jesús pone a sus interlocutores frente a su responsabilidad, y lo hace con extrema claridad. Pero no pensemos que esta advertencia valga solamente para los que rechazaron a Jesús en aquella época. Vale para todos los tiempos, incluido el nuestro. También hoy Dios espera los frutos de su viña de aquellos que ha enviado a trabajar en ella. A todos nosotros. En cada época, los que tienen autoridad, cualquier autoridad, incluso en la Iglesia, en el pueblo de Dios pueden sentir la tentación de seguir su propio interés en lugar del de Dios. Y Jesús dice que la verdadera autoridad se cumple cuando se presta servicio, está en servir, no en explotar a los demás. La viña es del Señor, no nuestra. La autoridad es un servicio, y como tal debe ser ejercida, para el bien de todos y para la difusión del Evangelio. Es muy feo cuando en la Iglesia se ve que las personas que tienen autoridad buscan el proprio interés.

San Pablo, en la segunda lectura de la liturgia de hoy, nos dice cómo ser buenos obreros en la viña del Señor: todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta. (cf. *Flp* 4,8). Lo repito: todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta. Es la actitud de la autoridad y también la de cada uno de nosotros, porque cada uno de nosotros, en lo que le toca, tiene una cierta autoridad. Nos convertiremos así en una Iglesia cada vez más rica en frutos de santidad, daremos gloria al Padre que nos ama con infinita ternura, al Hijo que sigue dándonos la salvación, al Espíritu que abre nuestros corazones y nos impulsa hacia la plenitud del bien. Nos dirigimos ahora a María Santísima, espiritualmente unidos a los fieles reunidos en el Santuario de Pompeya para la Súplica, y en octubre renovamos nuestro compromiso de rezar el santo Rosario.

Al finalizar el Ángelus el Papa habló de la nueva encíclica firmada el día anterior en Asís y de la conclusión del Tiempo de la Creación iniciado el mes precedente; recordó el centario de la obra Stella Maris y la beatificación, en Bolonia, del sacerdote Olinto Marella. Finalmente saludó a los presentes, en particular a los familiares de los nuevos reclutas de la Guardia suiza pontificia que por la tarde prestaron juramento.

Ayer fui a Asís para firmar la nueva encíclica, *Fratelli tutti* sobre la fraternidad y la amistad social. Se la ofrecí a Dios en la tumba de San Francisco, en quien me inspiré como en la anterior Laudato si'. Los signos de los tiempos muestran claramente que la fraternidad humana y el cuidado de la creación son el único camino hacia el desarrollo integral y la paz como ya indicaron los santos papas Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II. Hoy a vosotros que estáis en la plaza y también allí, fuera (de) la plaza tengo la alegría de regalaros la nueva encíclica en la edición extraordinaria de L'Osservatore Romano y con esta edición se reanuda la publicación diaria impresa de L'Osservatore Romano. ¡Qué San Francisco acompañe el camino de la fraternidad en la Iglesia entre los creyentes de todas las religiones y entre todos los pueblos! Hoy termina el Tiempo de la Creación iniciado el pasado 1 de septiembre, durante el cual celebramos un Jubileo por la Tierra, junto con nuestros hermanos y hermanas de las diferentes Iglesias cristianas.

Saludo a los representantes del Movimiento católico mundial por el clima, a los diversos círculos Laudato si' y a las asociaciones de referencia comprometidas en los temas de la ecología integral. Me alegro de las iniciativas que se están llevando a cabo hoy en diferentes lugares, en particular en la zona del Delta del Po. El 4 de octubre de hace cien años nacía en Escocia la obra Stella maris para ayudar a la gente del mar. En este aniversario tan importante, animo a los capellanes y voluntarios a testimoniar con alegría la presencia de la Iglesia en los puertos entre los marineros, los pescadores y sus familias. Hoy en Bolonia se beatifica a Don Olinto Marella, presbítero de la diócesis de Chioggia, pastor según el corazón de Cristo, padre de los pobres, defensor de los débiles. ¡Qué su extraordinario testimonio sea un modelo para tantos sacerdotes llamados a ser humildes y valientes servidores del pueblo de Dios! Ahora un aplauso para el nuevo beato. Saludo a todos vosotros, romanos y peregrinos de varios países, veo tantas banderas allí. Familias, grupos parroquiales, asociaciones y fieles. En particular, saludo a las familias y amigos de los guardias suizos que han venido a asistir hoy al juramento de los nuevos reclutas. Son buenos estos jóvenes, la Guardia Suiza hace una trayectoria de vida al servicio de la Iglesia, del Sumo Pontífice. Son buenos chicos que vienen aquí durante dos, tres y cuatro años o más. Pido un caluroso aplauso para la Guardia Suiza.

¡Y os deseo a todos un buen domingo! Por favor, no os olvidéis de rezar por mí, buen almuerzo y hasta pronto.

L'OSSERVATORE ROMANO
EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicuique suum *Non praevalebunt*

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.or@spc.va
www.osservatoreromano.va

ANDREA MONDA
director

Giuseppe Fiorentino
subdirector

Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
via del Pellegrino, 00120 Ciudad del Vaticano
teléfono 39 06 698 99410

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico
photo@ossrom.va

Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa 91, 20149 Milano
segreteriadirezionesystem@ilsole24ore.com

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 58.00; Europa (España + IVA): € 100.00 - $ 148.00; América Latina, África, Asia: € 110.00 - $ 160.00; América del Norte, Oceanía: € 162.00 - $ 240.00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 99 480, fax + 39 06 698 85 164, e-mail: suscripciones.or@spc.va.

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 222-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370. Del. Tlalpan. México, D.F.; teléfono + 52 55 2652 99 55, fax + 52 55 5518 75 32; e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx.

En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 357 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.

La urgencia de pararse a reflexionar

¿Todos somos hermanos?

ANDREA MONDA

La encíclica *Fratelli tutti* llega como gotas de agua que caen en una tierra desertificada, rayo de luz que atraviesa "las sombras de un mundo cerrado". Este es el título del primer capítulo de la nueva, la tercera, encíclica del Papa Francisco, dedicada a la fraternidad y a la amistad social. Un documento que el Papa el pasado domingo quiso regalar a los fieles reunidos en la plaza de San Pedro con la "forma" de la edición especial del L'Osservatore Romano que vuelve a imprimirse en papel con un nuevo formato. Pero vamos por pasos.

En primer lugar, posee una fuerza simbólica tan evidente que no necesita ulteriores explicaciones el hecho de haber salido del Vaticano, por primera vez desde los tiempos del confinamiento provocado por la pandemia, y de haber ido a Asís para firmar la Carta en la tumba de san Francisco que una vez más, después de la *Laudato si'* de hace cinco años, es fuente de inspiración para su pontificado,

Fratelli tutti es un texto poderoso, que suena como un grito a la vez de alarmas y de esperanzas y ofrece a los lectores una visión, un horizonte grande que trasmite confianza y suscita el deseo de comprometerse por el bien común, por los otros, que son todos, ninguno excluido, hermanos nuestros.

La encíclica está dividida en ocho capítulos. El primero analiza de forma lúcida y sin deducciones, la situación en la que hoy se encuentra el mundo, un mundo que precisamente parece moverse hacia el cierre porque «la sociedad cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos» (la citación es de *Caritas in veritate* de Benedicto XVI, uno de los textos más citados en la encíclica). Después se desarrolla en un sentido positivo y propositivo con el fin de "pensar y gestar un mundo abierto" (cap. 3), sentar las bases para "la mejor política" (cap. 5), crear las condiciones para el "diálogo y amistad social" (cap. 6) y abrir "caminos de reencuentro" (cap. 7) para llegar a la conclusión que subraya el rol decisivo de las religiones "al servicio de la fraternidad en el mundo" (cap. 8).

Un texto muy denso que obliga al lector a detenerse y a leer con atención para reflexionar, meditar y por tanto, finalmente, actuar. En este periódico a partir de los próximos días del texto completo con sus ocho capítulos, serán ofrecidas al lector claves de lectura para profundizarlo activando un proceso de conocimiento no superficial o emocional. Ahora bien, una primera simple reflexión, casi una impresión, sobre el tema de la dignidad, una de las palabras más recurrentes en la encíclica, es suficiente, considerando un solo pasaje, el punto 68 del texto, tomado del segundo capítulo, en el que el Santo Padre se detiene en el texto del Evangelio de Lucas dedicado a la parábola del buen samaritano. El capítulo se titula «Un extraño en el camino» y empieza con una auténtica exégesis de las palabras de Jesús que permite al Papa reflexionar junto al lector sobre el hecho de que la ayuda dada al samaritano «nos revela una característica esencial del ser humano, tantas veces olvidada: hemos sido hechos para la plenitud que sólo se alcanza en el amor. No es una opción posible vivir indiferentes ante el dolor, no podemos dejar que nadie quede "a un costado de la vida". Esto nos debe indignar, hasta hacernos bajar de nuestra serenidad para alterarnos por el sufrimiento humano. Eso es dignidad».

Son palabras impactantes que invalidan nuestra idea de dignidad. A menudo asociamos la dignidad con la frialdad, la imperturbabilidad, se dice de un hombre que "no ha perdido la dignidad" porque mantuvo la calma y no dejó ver sentimientos de rabia o sufrimiento. Y sin embargo el Papa va más allá y nos presenta otro rostro, paradójicamente, de la dignidad: de la serenidad se debe "bajar", se debe perder la calma para "alterarnos" con el sufrimiento de los otros. La dignidad es algo cálido, físico, visceral. Como la misericordia, protagonista de la parábola, que es algo que tiene que ver con las vísceras (*rachamin*, es la palabra en hebreo que indica tanto misericordia como vísceras). Precisamente de aquí se debe iniciar, del gesto visceral del samaritano que no tiene otra cosa que pararse al contrario que los otros personajes, probablemente ocupados por las prisas; en un mundo que corre incesamente, la del Papa es una voz que pide, suplica con urgencia pararse con el fin de recuperar el sentido de la dignidad humana, de la propia, de los otros. Permanecer fieles a sí mismos, a esa "característica esencial del ser humano", el Papa nos dice que es absolutamente necesario hoy para restituir al hombre su dignidad, bien tan valioso como frágil que debe ser custodiado y alimentado cada día, en cada lugar, siempre.

* * *

El pasado domingo por la mañana, en la plaza de San Pedro hubo una bonita fiesta del pueblo en el momento del Ángelus, una doble fiesta para la redacción de L'Osservatore Romano que finalmente, después de un confinamiento de seis meses que ha impedido imprimir el periódico, vuelve a la publicación también en papel en un nuevo formato y con una nueva formulación. No es un simple "regreso" al papel sino que es el cumplimiento de un proyecto de reforma que inició hace mucho. Un periódico, por razones también etimológicas, no puede no "actualizarse", sobre todo si se trata de un periódico internacional que sale en siete lenguas y alcanza a sus lectores en los cinco continentes del planeta.

La actualización prevé una renovación en la gráfica y en los contenidos con el fin de ofrecer a los lectores más profundizaciones. La palabra profundizar, querida por san Pablo VI, ha inspirado el proyecto del "nuevo" Osservatore Romano. El periódico que tenéis entre las manos (finalmente se puede pronunciar esta frase), tiene un formato ligeramente más pequeño que el precedente, lo que significa un aumento del número de las páginas que ahora serán 12, cada día. De estas, las cuatro páginas centrales se convertirán en un suplemento extraíble con fondo temático: el martes por la tarde "Quattropagine", el semanal cultural; el miércoles por la tarde "Religio", dedicado a la Iglesia como hospital de campo en camino sobre las vías del mundo en el cual encuentra otras religiones; el jueves por la tarde "La settimana di Papa Francesco", para fijar palabras y gestos del Pontífice; el viernes por la tarde "Atlante", semanario de información internacional que cuenta las crónicas de un mundo globalizado.

Dos palabras claves pueden ilustrar el sentido de este proyecto de actualización y renovación: integración y esperanza. Con la primera se hace referencia a una doble relación: la del periódico de papel y el digital y la relativo a la integración de L'Osservatore Romano en el sistema de los medios de comunicación del Vaticano. El periodo de suspen-

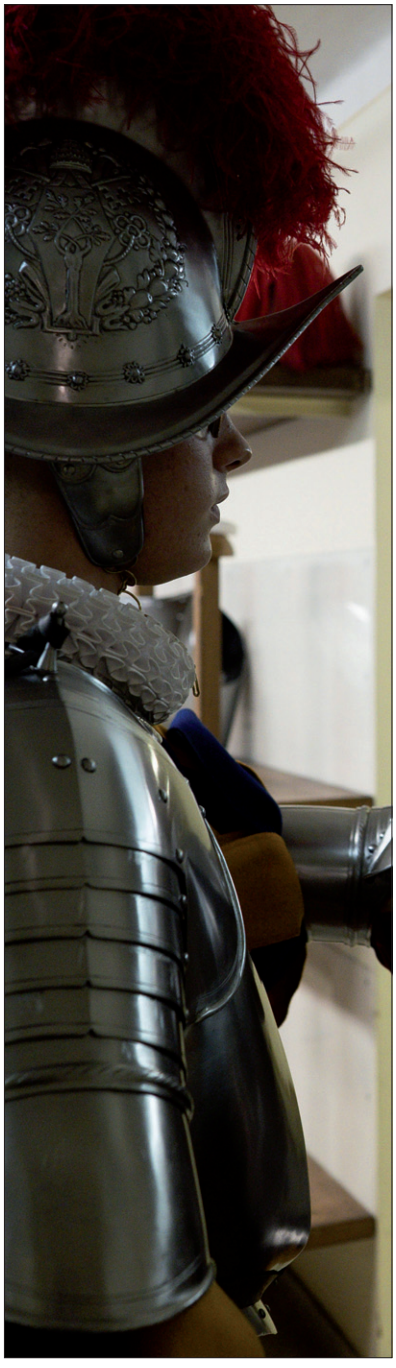
sión debido a la pandemia ha provocado una fuerte impulso al desarrollo del periódico en el mundo digital por lo que hoy el periódico está disponible en la web (*www.osservatoreromano.va*) gracias a la nueva App, descargable de forma gratuita tanto en el AppStore como en PlayStore. Por otro lado, el periódico fundado en julio de 1861, durante largas décadas el único medio de comunicación de la Santa Sede, está hoy rodeado de otros medios de comunicación empezando por la Radio Vaticana y por la página web Vatican News y con estos se integra en un proceso que coordina los varios medios exaltando de cada uno la propia peculiaridad. La lógica es, por decirlo con las palabras del Papa Francisco tomadas también de esta última encíclica, la de la perspectiva más amplia y compleja que emerge de la figura del poliedro que «no es ni la esfera global que anula ni la parcialidad aislada que esteriliza», sino que es precisamente «poliedro, donde al mismo tiempo que cada uno es respetado en su valor, "el todo es más que la parte, y también es más que la mera suma de ellas"».

Finalmente, la esperanza. También aquí las palabras del Papa pueden servir para dar luz. Hablando a la revista belga «Tertio» el pasado 18 de septiembre, el Papa afirmó que: «el profesional cristiano de la información debe ser, por lo tanto, un portavoz de esperanza, un portador de confianza en el futuro. Porque sólo cuando se concibe el futuro como una realidad positiva y posible, el presente también se vuelve vivible». Para ser portavoz de esperanza el cristiano debe buscar «visión positiva de las personas y los hechos, rechazando los prejuicios» para «fomentar una cultura del encuentro a través de la cual es posible conocer la realidad con una mirada confiada». L'Osservatore Romano trabaja sobre estas palabras del Papa y se compromete a contar las historias de hoy y de ayer (la historia de la Iglesia es siempre contemporánea) con una mirada positiva, dirigida al futuro. Un enfoque profesional que por tanto se apoya en la imaginación y la creatividad que busca dar voz a los que no tienen voz, contar el bien que silenciosamente se abre paso, iluminar la esperanza que florece hasta en las situaciones más dramáticas, hacer oír el grito y las expectativas de los más pequeños y los descartados que a menudo luchan por encontrar espacio en el flujo de las noticias diarias. Precisamente en este tiempo tan acelerado en el que el ritmo frenético de las informaciones parece sumergirse, necesitamos pararnos a reflexionar y así ver dentro y más allá de las noticias para entender, permitiendo a la realidad sorprendernos, interrogarnos, conmovernos. Solo si podemos frenarnos del flujo de activismo que amenaza con adormecernos y adormecer nuestra sensibilidad, podremos hacer como el buen samaritano, captar que hay un extraño en el camino, pero que si nos acercamos deja de ser un extraño y se convierte en nuestro prójimo y, al final, en un amigo. De otra manera corremos el riesgo de hacer como los dos discípulos viandantes de Emaús, que se encuentran con un "forastero" en el camino y no se dan cuenta de que es Jesús. Ellos saben todo sobre la noticia del día, están "informados", pero no logran entender el sentido. Está aquí el desafío de un periódico como L'Osservatore Romano que es "forastero" porque vive en este mundo pero lo mira y lo juzga no solo con las lógicas mundanas sino también con una mirada que "no es de este mundo".

Un objetivo grande: ampliar la perspectiva con la que se observa el mundo, ofreciendo la perspectiva que se ve desde Roma, desde el corazón de la catolicidad, intentando tocar la mente y el corazón de los lectores con una comunicación curiosa, honesta, abierta.

Francisco recibe en audiencia a los nuevos reclutas de la Guardia suiza pontificia

Que los jóvenes eviten el peligro de verse despojados de sus almas



Hoy muchos jóvenes corren el riesgo de «un saqueo espiritual» cuando «cuando siguen ideales y estilos de vida que sólo responden a deseos o necesidades materiales». Lo dijo el Papa Francisco a los nuevos reclutas de la Guardia suiza pontificia, recibidos en audiencia junto a sus familiares en la mañana del viernes 2 de octubre, en la Sala Clementina.

Sr. Comandante,
Reverendo capellán,
¡Queridos oficiales
y miembros de la Guardia Suiza!

Me alegra encontraros con motivo de vuestro día de fiesta. Dirijo un cordial saludo a los nuevos reclutas que, siguiendo el ejemplo de tantos de sus compatriotas, han decidido dedicar un período de su juventud al servicio del Sucesor de Pedro. La presencia de vuestros familiares expresa la devoción de los católicos suizos por la Santa Sede, así como la educación moral y el buen ejemplo con que los padres han transmitido a sus hijos la fe cristiana y el sentido del servicio generoso al prójimo. Mi grato saludo también va dirigido a los representantes de la Fundación para la Guardia Suiza Pontificia. Esta jornada me brinda la oportunidad de recordar el ilustre pasado de vuestro Cuerpo. Mis pensamientos van, en particular, al "Saqueo de Roma", durante el cual los guardias suizos defendieron con valentía al Papa hasta dar la propia vida. El recuerdo de ese evento puede evocar en vosotros el peligro de un "saqueo" espiritual. En el contexto social actual, muchos jóvenes corren el riesgo de verse despojados de sus almas, cuando siguen ideales y estilos de vida que sólo responden a deseos o necesidades materiales.

Espero que vuestra estancia en Roma sea un tiempo favorable para utilizar lo mejor posible todo lo positivo que esta ciudad os ofrece. Es rica en historia, cultura y fe; aprovechad, pues, las oportunidades que os brindan para mejorar vuestro bagaje cultural, lingüístico y espiritual. El tiempo que pasaréis aquí es un momento único en vuestra existencia: ojalá lo viváis con espíritu de fraternidad, ayudándoos los unos a los otros a llevar una vida rica en sentido y gozosamente cristiana. El juramento que prestaréis pasado mañana será también un testimonio de fidelidad a vuestra vocación bautismal, es decir, a Cristo, que os llama a ser hombres y cristianos, protagonistas de vuestra existencia. Con su ayuda y el poder del Espíritu Santo, enfrentaréis serenamente los obstáculos y desafíos de la vida. No olvidéis que el Señor está siempre a vuestro lado: espero sinceramente que siempre sintáis su presencia consoladora.

Aprovecho esta oportunidad para renovar la expresión de mi gratitud a todo el Cuerpo de la Guardia Suiza Pontificia. Y os doy las gracias no sólo por lo que hacéis –¡que es mucho!–, sino también por cómo lo hacéis. Santa Teresa de Calcuta decía que al final de nuestras vidas no seremos juzgados por cuántas cosas habremos hecho, sino por cuánto amor hayamos puesto en esas cosas.

Os aseguro mi oración por todas vuestras buenas intenciones; y vosotros también, por favor, rezad por mí. Os imparto de corazón a todos vosotros la bendición apostólica.

El discurso del Pontífice al personal y dirigentes de la Caja depósitos y préstamos

El hombre no puede ser esclavo de la ganancia

El pensamiento social cristiano «no se opone por principio a la perspectiva de la ganancia», pero «se opone a la ganancia a cualquier costo, a la ganancia que olvida al hombre, que lo hace un esclavo, que lo reduce a una cosa entre otras cosas, a una variable de un proceso que no puede controlar o al que no puede oponerse de ninguna manera». Lo explicó el Papa Francisco a los dirigentes y al personal de la Caja depósitos y préstamos, recibidos en audiencia en la mañana del lunes 5 de octubre, en el Aula Pablo VI, con ocasión de los 170 años del nacimiento del instituto.

¡Ilustres señores y señoras!

Os doy una cordial bienvenida y agradezco al presidente y al director general sus amables palabras de presentación.

Este encuentro tiene lugar ciento setenta años después del nacimiento de vuestra institución. Fundada como Cassa Piemontese, tras la unidad política italiana se llamó *Cassa Depositi e Prestiti*.

Desde entonces, la tarea de vuestro Instituto se ha remodelado en relación con la evolución y las necesidades del país, que necesita una inversión constante, modernización, apoyo a las autoridades locales y fomento de la formación profesional y la productividad.

Estas líneas de desarrollo también hoy requieren de vosotros un esfuerzo generoso. Pensemos en los retos generados en el ámbito social y económico por la grave pandemia que aún está en curso.

Pensemos en algunos fenómenos que tienen repercusiones muy importantes, como el declive de ciertas formas de producción, que necesitan ser renovadas o transformadas radicalmente.

Pensemos en los cambios que se han producido en la forma en que se compran y venden los bienes, con el peligro de concentrar el intercambio y el comercio en manos de unas pocas entidades de dimensión mundial. Y esto en detrimento de las peculiaridades de los territorios y de las competencias profesionales locales, tan típicas de la historia italiana y europea.

La doctrina social de la Iglesia concuerda con una visión en la que los inversores esperan un rendimiento justo de los recursos recaudados, para luego canalizarlos a la financiación de iniciativas destinadas a la promoción social y colectiva.

El pensamiento cristiano no se opone por principio a la perspectiva de la ganancia, más bien se opone a la ganancia a cualquier costo, a la ganancia que olvida al hombre, que lo hace un esclavo, que lo reduce a una cosa entre otras cosas, a una variable de un proceso que no puede controlar o al que no puede oponerse de ninguna manera.

La gestión de los negocios requiere siempre de todos una conducta leal y límpida que no ceda a la corrupción. En el ejercicio de las propias responsabilidades es necesario saber distinguir el bien del mal.

En efecto, incluso en el campo de la economía y las finanzas, la recta intención, la transparencia y la búsqueda de buenos resultados son compatibles y no deben separarse nunca. Se trata de identificar y seguir con valentía líneas de acción respetuosas, más aún, promotoras de la persona humana y de la sociedad.

En vuestro trabajo, estáis llamados a gestionar día a día, con escrupulosa atención, las relaciones con los diversos casos que acuden a vosotros en busca de apoyo. Una institución como la vuestra puede dar testimonio concreto de una sensibilidad solidaria, favoreciendo el relanzamiento de la economía real como motor de desarrollo de las personas, de las familias y de la sociedad.

También así podemos acompañar el progreso gradual de una nación y servir verdaderamente al bien común, con su esfuerzo por multiplicar y volver más accesibles para todos los bienes de este mundo (cf. *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium*, 203).

Este es el deseo que formulo con motivo de vuestro aniversario, animándoos a continuar vuestra acción con generosidad. Que la asistencia del Espíritu Santo os acompañe y os haga constructores de justicia y paz. A vosotros, aquí presentes ,y a todos los miembros de la *Cassa Depositi e Prestiti*, os aseguro mi recuerdo en la oración y, mientras os pido también a vosotros que recéis por mí, os imparto la bendición apostólica, que extiendo de corazón a vuestras familias.

Nombramientos

El Papa ha nombrado

– Arzobispo metropolitano de Burgos (España) a monseñor Mario Iceta Gavicagogeascoa, transfiriéndolo de la diócesis de Bilbao.

– Arzobispo metropolitano de Zaragoza (España) a monseñor Carlos Manuel Escribano Subías transfiriéndolo de la diócesis de Calahorra y La Calzada-Logroño.

– Obispo titular de Empúries y auxiliar de la archidiócesis metropolitana de Barcelona (España) al Rev. Javier Vilanova Pellisa, del clero de la diócesis de Tortosa y Rector del Seminario Mayor Interdiocesano de Cataluña.

El Papa ha aceptado las renuncias

– Al gobierno pastoral de la archidiócesis metropolitana de Burgos (España), presentada por monseñor Fidel Herráez Vegas.

– Al gobierno pastoral de la archidiócesis metropolitana de Zaragoza (España), presentada por el monseñor Vicente Jiménez Zamora.

Carta apostólica «Fratelli tutti»

Una nueva visión de las relaciones entre los pueblos y las naciones

Pietro Parolin

1. Aun para el observador menos atento, una pregunta se le hace ineludible frente a esta Encíclica: ¿qué espacio y consideración encuentra la fraternidad en las relaciones internacionales? Quienes están atentos al desarrollo de las relaciones a nivel mundial esperarían una respuesta en términos de proclamaciones, normativas, estadísticas y tal vez incluso acciones. Si, por otra parte, nos dejamos guiar por el Papa Francisco en la constatación de los hechos y situaciones, la respuesta es otra: "La sociedad mundial tiene serias fallas estructurales que no se resuelven con parches o soluciones rápidas meramente ocasionales" (*Ft*, 179).

La Encíclica no se limita a considerar la fraternidad como un instrumento o un deseo, sino que esboza una cultura de la fraternidad para aplicar a las relaciones internacionales. Ciertamente, una cultura: es la imagen de una disciplina que tiene desarrollado un método y un objetivo.

En cuanto al método. La fraternidad no es una tendencia o moda que se desarrolla a lo largo del tiempo o en un tiempo; se trata más bien de la manifestación de actos concretos. La Encíclica nos recuerda la integración entre los países, la primacía de las normas sobre la fuerza, el desarrollo y la cooperación económica y, sobre todo, el instrumento del diálogo visto no como un analgésico o para "parches" ocasionales, sino como un arma con un potencial destructivo muy superior a cualquier otra. De hecho, si a través de las armas la guerra destruye vidas humanas, el medio ambiente, la esperanza, hasta el punto de extinguir el futuro de las personas y las comunidades, el diálogo destruye las barreras del corazón y la mente, abre espacios para el perdón, favorece la reconciliación. Por el contrario, es el instrumento que la justicia necesita para afirmarse según su significado y efecto más auténticos. ¡Cuánto ha permitido la ausencia de diálogo que las relaciones internacionales se deterioren o se apoyen en el peso del poder, en los resultados de los enfrentamientos y demostraciones de fuerza! Por otra parte, el diálogo, especialmente cuando es "persistente y corajudo no es noticia como los desencuentros y los conflictos, pero ayuda discretamente al mundo a vivir mejor, mucho más de lo que podamos darnos cuenta" (*Ft*, 198). Es cierto también que si se observan los acontecimientos internacionales, el diálogo también cobra sus víctimas. Son los que no responden a la lógica del conflicto a toda costa o son considerados ingenuos e inexpertos sólo porque tienen el valor de superar los intereses inmediatos y parciales de las realidades individuales, y corren el riesgo de olvidar la visión de conjunto. Esa visión que avanza y continúa a lo largo del tiempo. El diálogo exige paciencia y se acerca al martirio, por lo que la Encíclica lo evoca como un instrumento de fraternidad, un medio que hace que quienes entablan el diálogo sean diferentes de aquellas "personas con funciones importantes en la sociedad, que no tenían en el corazón el amor por el bien común" (*Ft*, 63).

Llegamos entonces al objetivo. La historia, pero también las visiones religiosas y los diferentes caminos de espiritualidad hablan de la fraternidad y describen su belleza y sus efectos, pero a menudo los vinculan a un camino lento y difícil, casi una dimensión ideal detrás de la cual se transmiten impulsos de reforma o procesos revolucionarios. También surge la tentación constante de limitar la fraternidad a un nivel de madurez individual, capaz de involucrar sólo a aquellos que comparten el mismo camino. El objetivo, según la Encíclica, es más bien un camino ascendente determinado por esa sana subsidiariedad que, partiendo de la persona, se amplía para abarcar las dimensiones familiar, social y estatal hasta la comunidad internacional. Por eso, recuerda Francisco, para hacer de la fraternidad un instrumento de actuación en las relaciones internacionales: "es necesario fomentar no únicamente una mística de la fraternidad sino al mismo tiempo una organización mundial más eficiente para ayudar a resolver los problemas acuciantes" (*Ft*, 165).

2. Explicada de esta forma –con su método y su objetivo– la fraternidad puede contribuir a la renovación de los principios que presiden la vida internacional o ser capaz de poner de manifiesto las vías necesarias para hacer frente a los nuevos desafíos y conducir a la pluralidad de actores que trabajan a nivel mundial para responder a las necesidades de la familia humana. Se trata de actores cuya responsabilidad en términos de política y soluciones compartidas es crucial, especialmente cuando se enfrentan a la realidad de la guerra, el hambre, el subdesarrollo, la destrucción de la casa común y sus consecuencias. Actores conscientes de cómo la globalización, ante problemas reales y soluciones necesarias, ha manifestado, y más recientemente, sólo aspectos negativos. Para expresar esta verdad, el Papa utiliza la experiencia de la pandemia "dejó al descubierto nuestras falsas seguridades" (*Ft*, 7), recordando la necesidad de una acción capaz de dar respuestas y no sólo de analizar los hechos. Esta acción sigue faltando y tal vez siga faltando incluso frente a los objetivos que la investigación y la ciencia alcanzan cada día. Falta porque "se evidenció la incapacidad de actuar conjuntamente. A pesar de estar hiperconectados, existía una fragmentación que volvía más difícil resolver los problemas que nos afectan a todos" (Ibíd.).

Lo que encontramos en el escenario internacional contemporáneo es la abierta contradicción entre el bien común y la capacidad de dar prioridad a los intereses de los Estados, e incluso de los Estados individuales, en la creencia de que pueden existir "zonas sin control" o la lógica de que lo que no está prohibido está permitido. El resultado es que "la multitud de los abandonados queda a merced de la posible buena voluntad de algunos" (*Ft*, 165). Esta es la concepción opuesta a lo que propone, en cambio, la fraternidad, la idea de los intereses generales, aquellos capaces de constituir una verdadera solidaridad y de cambiar no sólo la estructura de la comunidad internacional, sino también la dinámica de la relación dentro de ella. En efecto, una vez aceptada la supremacía de estos intereses generales, la soberanía e independencia de cada Estado deja de ser un absoluto y debe someterse a "la soberanía del derecho, sabiendo que la justicia es requisito indispensable para obtener el ideal de la fraternidad universal" (*Ft*, 173). Este proceso no es automático; más bien exige "valentía y generosidad en orden a establecer libremente determinados objetivos comunes y asegurar el cumplimiento en todo el mundo de algunas normas básicas" (*Ft*, 174).

Según la perspectiva de Francisco, por lo tanto, la fraternidad se convierte en la forma de hacer prevalecer los compromisos asumidos según el antiguo adagio pacta sunt servanda, de respetar efectivamente la voluntad legítimamente manifestada, de resolver las controversias a través de los medios que ofrecen la diplomacia, la negociación, las instituciones multilaterales y el deseo más amplio de lograr "un bien común realmente universal y la protección de los Estados más débiles" (Ibíd.).

No falta, a este respecto, la referencia a un tema constante en la enseñanza social de la Iglesia, el de la "gobernanza" –governance, como se acostumbra a decir hoy en día– de la comunidad internacional, sus miembros y sus instituciones. El Papa Francisco, con la coherencia de todos sus predecesores, apoya la necesidad de una "forma de autoridad mundial regulada por el derecho", pero esto no significa pensar "en una autoridad personal" (*Ft*, 172). Ante la centralización de poderes, la fraternidad propone una función colegial en su lugar –aquí no es ajena la visión "sinodal" aplicada a la gobernanza de la Iglesia, que es la propia de Francisco– determinada por "organizaciones mundiales más eficaces, dotadas de autoridad para asegurar el bien común mundial, la erradicación del hambre y la miseria, y la defensa cierta de los derechos humanos elementales" (Ibíd.).

3. Trabajar en la realidad internacional a través de la cultura de la fraternidad exige adquirir un método y un objetivo capaces de sustituir aquellos paradigmas que ya no son capaces de responder a los desafíos y necesidades que se presentan en el camino que recorre la comunidad internacional (ciertamente con fatiga y contradicciones). De hecho, no falta una marcada preocupación por el deseo de vaciar la razón y el contenido del multilateralismo, lo cual es aún más necesario en una sociedad mundial que experimenta la fragmentación de ideas y decisiones, como expresión de un post-globalismo que avanza. Una voluntad que es el resultado de un enfoque exclusivamente pragmático, que olvida no sólo los principios y las normas, sino los numerosos gritos de auxilio que ahora parecen cada vez más constantes y complejos y, por lo tanto, también capaces de comprometer la estabilidad internacional. Y aquí están las contraposiciones y los enfrentamientos que degeneran en guerras que, debido a la complejidad de las causas que las determinan, están destinadas a continuar en el tiempo sin soluciones inmediatas y factibles. Invocar la paz es de poca utilidad. El Papa Francisco nos dice que "es muy necesario negociar y así desarrollar cauces concretos para la paz. Pero los procesos efectivos de una paz duradera son ante todo transformaciones artesanales obradas por los pueblos, donde cada ser humano puede ser un fermento eficaz con su estilo de vida cotidiana. Las grandes transformaciones no son fabricadas en escritorios o despachos" (*Ft*, 231).

A medida que avanzamos en la Encíclica, nos sentimos llamados a asumir nuestras responsabilidades individuales y colectivas frente a las nuevas tendencias y necesidades de la escena internacional. Proclamarnos hermanos y hermanas, y hacer de la amistad social nuestro hábito, probablemente no sea suficiente. Así como ya no basta con definir las relaciones internacionales en términos de paz o seguridad, desarrollo o una referencia general al respeto de los derechos fundamentales –aunque en las últimas décadas hayan representado la razón de ser de la acción diplomática, el papel de los organismos multilaterales, la acción profética de muchas figuras, la enseñanza de las filosofías, y también caracterizado la dimensión religiosa.

El papel efectivo de la fraternidad, permítanme decir, es perturbador, porque está vinculado a nuevos conceptos que sustituyen la paz con los pacificadores, el desarrollo con los cooperantes, el respeto de los derechos con la atención a las necesidades del prójimo, ya sea una persona, un pueblo o una comunidad. La raíz teológica de la Encíclica nos dice muy claramente que gira en torno a la categoría del amor fraterno que, más allá de toda pertenencia, incluso de la identidad, es capaz de concretarse en el que "se hizo prójimo" (*Ft*, 81). La imagen del buen samaritano está ahí como una advertencia y un modelo.

A los dirigentes de las naciones, a los diplomáticos, a los que trabajan por la paz y el desarrollo, la fraternidad les propone transformar la vida internacional de una simple coexistencia, casi necesaria, a una dimensión basada en ese sentido común de "humanidad" que ya inspira y sostiene tantas normas y estructuras internacionales, promoviendo así una coexistencia efectiva. Es la imagen de una realidad en la que prevalecen las exigencias de los pueblos y de las personas, con un aparato institucional capaz de garantizar no los intereses particulares, sino ese deseado bien común mundial (cf. *Ft*, 257).

La fraternidad tiene como protagonista, pues, la familia humana, que en sus relaciones y diferencias camina hacia la plena unidad, pero con una visión alejada del universalismo o del compartir abstracto, como de ciertas degeneraciones de la globalización (cf. *Ft*, 100). A través de la cultura de la fraternidad, el Papa Francisco llama a cada uno a amar al otro pueblo, a la otra nación como a la suya propia. Y así construir relaciones, normas e instituciones, abandonando el espejismo de la fuerza, el aislamiento, las visiones cerradas, las acciones egoístas y partidistas, porque "la mera suma de los intereses individuales no es capaz de generar un mundo mejor para toda la humanidad" (*Ft*, 105).

Síntesis de la nueva encíclica

¿Cuáles son los grandes ideales, pero también los caminos concretos a recorrer para quienes quieren construir un mundo más justo y fraterno en sus relaciones cotidianas, en la vida social, en la política y en las instituciones? Esta es la pregunta a la que pretende responder, principalmente "Fratelli tutti": el Papa la define como una "Encíclica social" (6) que toma su título de las "Admoniciones" de san Francisco de Asís, que usó esas palabras "para dirigirse a todos los hermanos y las hermanas, y proponerles una forma de vida con sabor a Evangelio" (1). El Poverello "no hacía la guerra dialéctica imponiendo doctrinas, sino que comunicaba el amor de Dios", escribe el Papa, y "fue un padre fecundo que despertó el sueño de una sociedad fraterna" (2-4). La Encíclica pretende promover una aspiración mundial a la fraternidad y la amistad social. A partir de una pertenencia común a la familia humana, del hecho de reconocernos como hermanos porque somos hijos de un solo Creador, todos en la misma barca y por tanto necesitados de tomar conciencia de que en un mundo globalizado e interconectado sólo podemos salvarnos juntos. Un motivo inspirador citado varias veces es el Documento sobre la Fraternidad humana firmado por Francisco y el Gran Imán de Al-Azhar en febrero de 2019.

La fraternidad debe promoverse no sólo con palabras, sino con hechos. Hechos que se concreten en la "mejor política", aquella que no está sujeta a los intereses de las finanzas, sino al servicio del bien común, capaz de poner en el centro la dignidad de cada ser humano y asegurar el trabajo a todos, para que cada uno pueda desarrollar sus propias capacidades. Una política que, lejos de los populismos, sepa encontrar soluciones a lo que atenta contra los derechos humanos fundamentales y que esté dirigida a eliminar definitivamente el hambre y la trata. Al mismo tiempo, el Papa Francisco subraya que un mundo más justo se logra promoviendo la paz, que no es sólo la ausencia de guerra, sino una verdadera obra "artesanal" que implica a todos. Ligadas a la verdad, la paz y la reconciliación deben ser "proactivas", apuntando a la justicia a través del diálogo, en nombre del desarrollo recíproco. De ahí deriva la condena del Pontífice a la guerra, "negación de todos los derechos" y que ya no es concebible, ni siquiera en una hipotética forma "justa", porque las armas nucleares, químicas y biológicas tienen enormes repercusiones en los civiles inocentes.

También es fuerte el rechazo de la pena de muerte, definida como "inadmisible" porque "siempre será un crimen matar a un hombre", y central es la llamada al perdón, conectada al concepto de memoria y justicia: perdonar no significa olvidar, escribe el Pontífice, ni renunciar a defender los propios derechos para salvaguardar la propia dignidad, un don de Dios. En el trasfondo de la Encíclica está la pandemia de Covid-19 que – revela Francisco – "cuando estaba redactando esta carta, irrumpió de manera inesperada". Pero la emergencia sanitaria mundial ha servido para demostrar que "nadie se salva solo" y que ha llegado el momento de que

Sigue en la página 8

Carta apostólica «Fratelli tutti»

VIENE DE LA PÁGINA 6

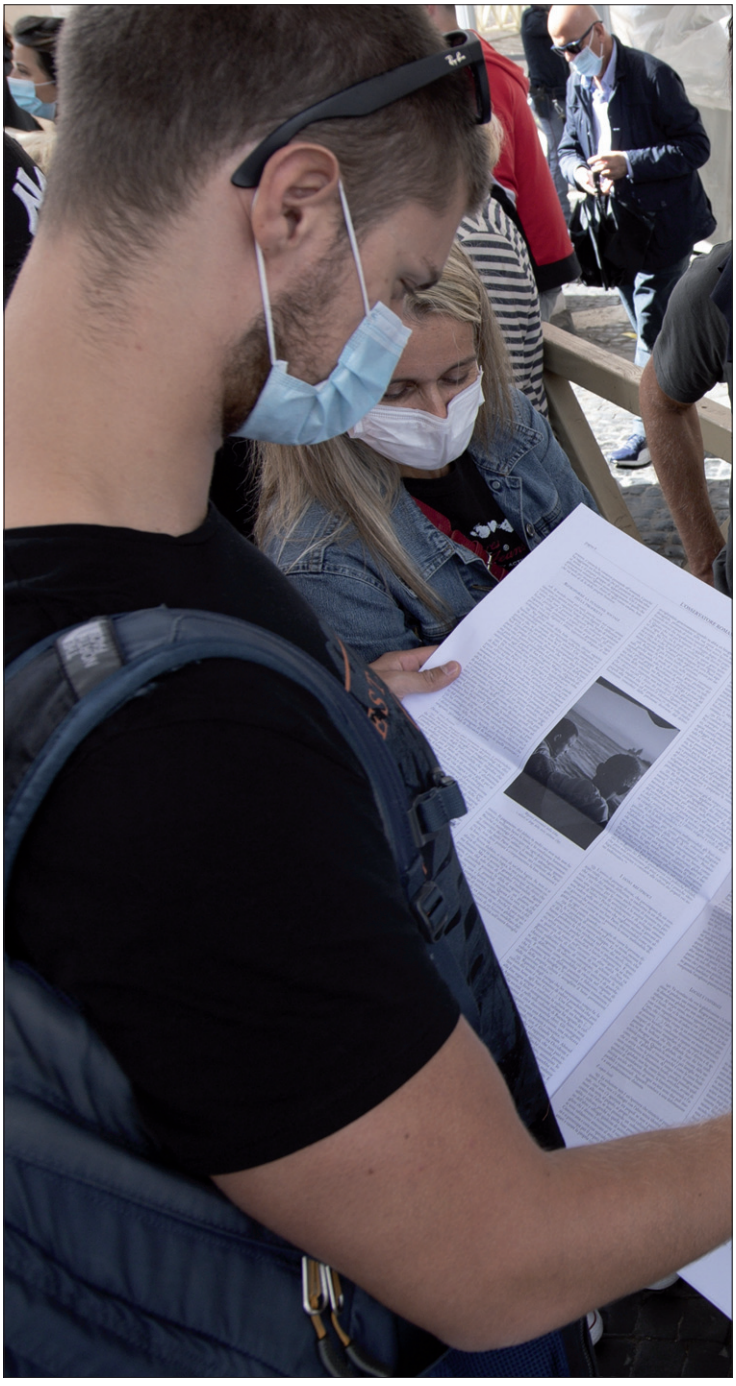
"soñemos como una única humanidad" en la que somos "todos hermanos" (7-8).

Los problemas globales requieren una acción global, no a la "cultura de los muros"

Abierta por una breve introducción y dividida en ocho capítulos, la Encíclica recoge – como explica el propio Papa – muchas de sus reflexiones sobre la fraternidad y la amistad social, pero colocadas "en un contexto más amplio" y complementadas por "numerosos documentos y cartas" enviados a Francisco por "tantas personas y grupos de todo el mundo" (5). En el primer capítulo, "Las sombras de un mundo cerrado", el documento se centra en las numerosas distorsiones de la época contemporánea: la manipulación y la deformación de conceptos como democracia, libertad o justicia; la pérdida del sentido de lo social y de la historia; el egoísmo y la falta de interés por el bien común; la prevalencia de una lógica de mercado basada en el lucro y la cultura del descarte; el desempleo, el racismo, la pobreza; la desigualdad de derechos y sus aberraciones, como la esclavitud, la trata, las mujeres sometidas y luego obligadas a abortar, y el tráfico de órganos (10-24). Se trata de problemas globales que requieren acciones globales, enfatiza el Papa, dando la alarma también contra una "cultura de los muros" que favorece la proliferación de mafias, alimentadas por el miedo y la soledad (27-28). Además, hoy en día, hay un deterioro de la ética (29) a la que contribuyen, en cierto modo, los medios de comunicación de masas que hacen pedazos el respeto por el otro y eliminan todo pudor, creando círculos virtuales aislados y autorreferenciales, en los que la libertad es una ilusión y el diálogo no es constructivo (42-50).

El amor construye puentes: el ejemplo del buen samaritano

A muchas sombras, sin embargo, la Encíclica responde con un ejemplo luminoso, un presagio de esperanza: el del Buen Samaritano. El segundo capítulo, "Un extraño en el camino", está dedicado a esta figura, y en él el Papa destaca que, en una sociedad enferma que da la espalda al dolor y es "analfabeta" en el cuidado de los débiles y frágiles (64-65), todos estamos llamados – al igual que el buen samaritano – a estar cerca del otro (81), superando prejuicios, intereses personales, barreras históricas o culturales. Todos, de hecho, somos corresponsables en la construcción de una sociedad que sepa incluir, integrar y levantar a los que han caído o están sufriendo (77). El amor construye puentes y estamos "hechos para el amor" (88), añade el Papa, exhortando en particular a los cristianos reconocer a Cristo en el rostro de todos los excluidos (85). El principio de la capacidad de amar según "una dimensión universal" (83) se retoma también en el tercer capítulo, "Pensar y gestar un mundo abierto": en él, Francisco nos exhorta a "salir de nosotros mismos" para encontrar en los demás "un crecimiento de su ser" (88), abriéndonos al prójimo según el dinamismo de la caridad que nos hace tender a la "comunión universal" (95). Después de todo – recuerda la Encíclica – la estatura espiritual de la vida humana está definida por el amor que es siempre "lo primero" y nos lleva a buscar lo mejor para la vida de los demás, lejos de todo egoísmo (92-93).



Los derechos no tienen fronteras, es necesaria la ética en las relaciones internacionales

Una sociedad fraternal será aquella que promueva la educación para el diálogo con el fin de derrotar al "virus del individualismo radical" (105) y permitir que todos den lo mejor de sí mismos. A partir de la tutela de la familia y del respeto por su "misión educativa primaria e imprescindible" (114). Dos son, en particular, los "instrumentos" para lograr este tipo de sociedad: la benevolencia, es decir, el deseo concreto del bien del otro (112), y la solidaridad que se ocupa de la fragilidad y se expresa en el servicio a las personas y no a las ideologías, luchando contra la pobreza y la desigualdad (115). El derecho a vivir con dignidad no puede ser negado a nadie, dice el Papa, y como los derechos no tienen fronteras, nadie puede quedar excluido, independientemente de donde haya nacido (121). Desde este punto de vista, el Papa recuerda también que hay que pensar en "una ética de las relaciones internacionales" (126), porque todo país es también del extranjero y los bienes del territorio no pueden ser negados a los necesitados que vienen de otro lugar. Por lo tanto, el derecho natural a la propiedad privada será secundario respecto al principio del destino universal de los bienes creados (120). La Encíclica también subraya de manera específica la cuestión de la deuda externa: sin perjuicio del principio de que debe ser pagada, se espera, sin embargo, que ello no comprometa el crecimiento y la subsistencia de los países más pobres (126).

Migrantes: gobernanza mundial para proyectos a largo plazo

Al tema de las migraciones está dedicada parte del segundo y todo el cuarto capítulo, "Un corazón abierto al mundo entero", con sus "vidas que se desgarran" (37), huyendo de guerras, persecuciones, desastres naturales, traficantes sin escrúpulos, desarraigados de sus comunidades de origen, los migrantes deben ser acogidos, protegidos, promovidos e integrados. Hay que evitar migraciones no necesarias, afirma el Pontífice, creando

en los países de origen posibilidades concretas de vivir con dignidad. Pero al mismo tiempo, el derecho a buscar una vida mejor en otro lugar debe ser respetado. En los países de destino, el equilibrio adecuado será aquel entre la protección de los derechos de los ciudadanos y la garantía de acogida y asistencia a los migrantes (38-40). Concretamente, el Papa señala algunas "respuestas indispensables" especialmente para quienes huyen de "graves crisis humanitarias": aumentar y simplificar la concesión de visados; abrir corredores humanitarios; garantizar la vivienda, la seguridad y los servicios esenciales; ofrecer oportunidades de trabajo y formación; fomentar la reunificación familiar; proteger a los menores; garantizar la libertad religiosa y promover la inclusión social. El Papa también invita a establecer el concepto de "ciudadanía plena" en la sociedad, renunciando al uso discriminatorio del término "minorías" (129-131). Lo que se necesita sobre todo – se lee en el documento – es una gobernanza mundial, una colaboración internacional para las migraciones que ponga en marcha proyectos a largo plazo, que vayan más allá de las emergencias individuales (132), en nombre de un desarrollo solidario de todos los pueblos basado en el principio de gratuidad. De esta manera, los países pueden pensar como "una familia humana" (139-141). El otro diferente de nosotros es un don y un enriquecimiento para todos, escribe Francisco, porque las diferencias representan una posibilidad de crecimiento (133-135). Una cultura sana es una cultura acogedora que sabe abrirse al otro, sin renunciar a sí misma, ofreciéndole algo auténtico. Como en un poliedro – una imagen apreciada por el Pontífice – el conjunto es más que las partes individuales, pero cada una de ellas es respetada en su valor (145-146).

La política, una de las formas más preciosas de la caridad

El tema del quinto capítulo es "La mejor política", es decir, una de las formas más preciosas de la caridad porque está al servicio del bien común (180) y conoce la importancia del pueblo, entendido como una categoría abierta, disponible para la confrontación y el diálogo (160). Este es, en cierto sentido, el popularismo indicado por Francisco, que se contrapone a ese "populismo" que ignora la legitimidad de la noción de "pueblo", atrayendo consensos para instrumentalizarlo a su propio servicio y fomentando el egoísmo para aumentar su popularidad (159). Pero la mejor política es también la que tutela el trabajo, "una dimensión irrenunciable de la vida social" y trata de asegurar que todos tengan la posibilidad de desarrollar sus propias capacidades (162). La mejor ayuda para un pobre, explica el Papa, no es sólo el dinero, que es un remedio temporal, sino el hecho de permitirle vivir una vida digna a través del trabajo. La verdadera estrategia de lucha contra la pobreza no tiene por objeto simplemente contener o hacer inofensivos a los indigentes, sino promoverlos desde el punto de vista de la solidaridad y la subsidiariedad (187). También es tarea de la política encontrar una solución a todo lo que atente contra los derechos humanos fundamentales, como la exclusión social; el tráfico de órganos, tejidos, armas y drogas; la explotación sexual; el trabajo esclavo; el terrorismo y el crimen organizado. Fuerte es el llamamiento del Papa a eliminar definitivamente el tráfico, la "vergüenza para la humanidad" y el hambre, que es "criminal" porque la alimentación es "un derecho inalienable" (188-189).

El mercado por sí solo no lo resuelve todo. Es necesaria la reforma de la ONU

La política que se necesita, subraya Francisco, es la que dice no a la corrupción, a la ineficiencia, al mal uso del poder, a la falta de respeto por las leyes (177). Se trata de una política centrada en la dignidad humana y no sujeta a las finanzas porque "el mercado solo no resuelve todo": los "estragos" provocados por la especulación financiera lo han demostrado (168). Los movimientos populares asumen, por lo tanto, una importancia particular: verdaderos "poetas sociales" y "torrentes de energía moral", deben involucrarse en la participación social, política y económica, sujetos, sin embargo, a una mayor coordinación. De esta manera – afirma el Papa – se puede pasar de una política "hacia" los pobres a una política "con" y "de" los pobres (169). Otro auspicio presente en la Encíclica se refiere a la reforma de las Naciones Unidas: frente al predominio de la dimensión económica que anula el poder del Estado individual, de hecho, la tarea de las Naciones Unidas será la de dar sustancia al concepto de "familia de las naciones" trabajando por el bien común, la erradicación de la pobreza y la protección de los derechos humanos. Recurriendo incansablemente a "la negociación, a los buenos oficios y al arbitraje" – afirma el documento pontificio – la ONU debe promover la fuerza del derecho sobre el derecho de la fuerza, favoreciendo los acuerdos multilaterales que mejor protejan incluso a los Estados más débiles (173-175).

El milagro de la bondad

Del capítulo sexto, "Diálogo y amistad social", surge también el concepto de la vida como "el arte del encuentro" con todos, incluso con las periferias del mundo y con los pueblos originarios, porque "de todos se puede aprender algo, nadie es inservible" (215). El verdadero diálogo, en efecto, es el que permite respetar el punto de vista del otro, sus intereses legítimos y, sobre todo, la verdad de la dignidad humana. El relativismo no es una solución – se lee en la Encíclica – porque sin principios universales y normas morales que prohíban el mal intrínseco, las leyes se convierten sólo en imposiciones arbitrarias (206). En esta óptica, desempeñan un papel particular los medios de comunicación, que, sin explotar las debilidades humanas ni sacar lo peor de nosotros, deben orientarse al encuentro generoso y a la cercanía con los últimos, promoviendo la cercanía y el sentido de la familia humana (205). Particular, a continuación, es el llamamiento del Papa al "milagro de una persona amable", una actitud que debe ser recuperada porque es "una estrella en medio de la oscuridad" y "una liberación de la crueldad que a veces penetra las relaciones humanas, de la ansiedad que no nos deja pensar en los demás, de la urgencia distraída" que prevalecen en los tiempos contemporáneos. Una persona amable, escribe Francisco, crea una sana convivencia y abre el camino donde la exasperación destruye los puentes (222-224).

El arte de la paz y la importancia del perdón

Reflexiona sobre el valor y la promoción de la paz, en cambio, el séptimo capítulo, "Caminos de reencuentro" en el que el Papa subraya que la paz está ligada a la verdad, la justicia y la misericordia. Lejos del deseo de venganza, es "proactiva" y tiene como objetivo formar una sociedad basada en el servicio a los demás y en la búsqueda de la reconciliación y el desarrollo mutuo (227-229). En una sociedad, todos deben sentirse "en casa" – escribe el Papa –. Por esta razón, la paz es un "oficio" que involucra y concierne a todos y en el que cada uno debe desempeñar su papel. La tarea de la paz no da tregua y no termina nunca, continúa el Papa, y por lo tanto es necesario poner a la persona humana, su dignidad y el bien común en el centro de toda acción (230-232). Ligado a la paz está el perdón: se debe amar a todos sin excepción, dice la Encíclica, "pero amar a un opresor no es consentir que siga siendo así; tampoco es hacerle pensar que lo que él hace es aceptable". Es más: los que sufren la injusticia deben defender con firmeza sus derechos para salvaguardar su dignidad, un don de Dios (241-242). El perdón no significa impunidad, sino justicia y memoria, porque perdonar no significa olvidar, sino renunciar a la fuerza destructiva del mal y al deseo de venganza. No hay que olvidar nunca "horrores" como la Shoah, los bombardeos atómicos en Hiroshima y Nagasaki, las persecuciones y las masacres étnicas – exhorta el Papa –. Deben ser recordados siempre, una vez más, para no anestesiarnos y mantener viva la llama de la conciencia colectiva. Es igualmente importante recordar a los buenos, aquellos que han elegido el perdón y la fraternidad (246-252).

SIGUE EN LA PÁGINA 10

VIENE DE LA PÁGINA 9

¡Nunca más la guerra, fracaso de la humanidad!

Una parte del séptimo capítulo se detiene en la guerra: no es "un fantasma del pasado" – subraya Francisco – sino "una amenaza constante" y representa la "negación de todos los derechos", "un fracaso de la política y de la humanidad", "una claudicación vergonzosa, una derrota frente a las fuerzas del mal". Además, debido a las armas nucleares, químicas y biológicas que golpean a muchos civiles inocentes, hoy en día ya no podemos pensar, como en el pasado, en una posible "guerra justa", sino que debemos reafirmar con firmeza "¡Nunca más la guerra!" Y considerando que estamos viviendo "una tercera guerra mundial en etapas", porque todos los conflictos están conectados, la eliminación total de las armas nucleares es "un imperativo moral y humanitario". Más bien – sugiere el Papa – con el dinero invertido en armamento, debería crearse un Fondo Mundial para eliminar el hambre (255-262).

La pena de muerte es inadmisible, debería abolirse en todo el mundo

Francisco expresa una posición igualmente clara sobre la pena de muerte: es inadmisible y debe ser abolida en todo el mundo, porque "siempre será un crimen matar a un hombre", incluso si es un criminal. "Ni siquiera el homicida pierde su dignidad personal – escribe el Papa – y Dios mismo se hace su garante". De ahí dos exhortaciones: no ver el castigo como una venganza, sino como parte de un proceso de sanación y reinserción social, y mejorar las condiciones de las prisiones, respetando la dignidad humana de los presos, pensando también que la cadena perpetua "es una pena de muerte oculta" (263-269). Se reafirma la necesidad de respetar "la sacralidad de la vida" (283) allá donde hoy "partes de la humanidad parecen sacrificables", como los no nacidos, los pobres, los discapacitados, los ancianos (18).

Garantizar la libertad religiosa, derecho humano fundamental

En el octavo y último capítulo, el Pontífice se ocupa de "Las religiones al servicio de la fraternidad en el mundo" y reitera que la violencia no encuentra fundamento en las convicciones religiosas, sino en sus deformaciones. Actos tan "execrables" como los actos terroristas, por lo tanto, no se deben a la religión, sino a interpretaciones erróneas de los textos religiosos, así como a políticas de hambre, pobreza, injusticia, opresión. El terrorismo no debe ser sostenido ni con dinero ni con armas, ni con la cobertura de los medios de comunicación, porque es un crimen internacional contra la seguridad y la paz mundial y como tal debe ser condenado (282-283). Al mismo tiempo, el Papa subraya que es posible un camino de paz entre las religiones y que, por lo tanto, es necesario garantizar la libertad religiosa, un derecho humano fundamental para todos los creyentes (279). En particular, la Encíclica hace una reflexión sobre el papel de la Iglesia: no relega su misión a la esfera privada – afirma –, no está al margen de la sociedad y, aunque no hace política, sin embargo, no renuncia a la dimensión política de la existencia. La atención al bien común y la preocupación por el desarrollo humano integral, de hecho, conciernen a la humanidad y todo lo que es humano concierne a la Iglesia, según los principios del Evangelio (276-278). Por último, recordando a los líderes religiosos su papel de "auténticos mediadores" que se dedican a construir la paz, Francisco cita el "Documento sobre la fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común", firmado por él mismo el 4 de febrero de 2019 en Abu Dabi, junto con el Gran Imán de Al-Azhar, Ahmad Al-Tayyeb: de este hito del diálogo interreligioso, el Pontífice recoge el llamamiento para que, en nombre de la fraternidad humana, se adopte el diálogo como camino, la colaboración común como conducta y el conocimiento mutuo como método y criterio (285).

El Beato Carlos de Foucald, "el hermano universal".

La Encíclica concluye con la memoria de Martin Luther King, Desmond Tutu, Mahatma Gandhi y sobre todo, el Beato Carlos de Foucald, modelo para todos de lo que significa identificarse con los últimos para convertirse en "el hermano universal" (286-287).

Las últimas líneas del documento están confiadas a dos oraciones: una "al Creador" y la otra "cristiana ecuménica", para que en el corazón de los hombres haya "un espíritu de hermanos".

Carta apostólica «Fratelli tutti»

Selección de textos de la Encíclica «Fratelli tutti»

"Durante décadas parecía que el mundo había aprendido de tantas guerras y fracasos y se dirigía lentamente hacia diversas formas de integración. Por ejemplo, avanzó el sueño de una Europa unida, capaz de reconocer raíces comunes y de alegrarse con la diversidad que la habita. Recordemos «la firme convicción de los Padres fundadores de la Unión Europea, los cuales deseaban un futuro basado en la capacidad de trabajar juntos para superar las divisiones, favoreciendo la paz y la comunión entre todos los pueblos del continente»[7].También tomó fuerza el anhelo de una integración latinoamericana y comenzaron a darse algunos pasos. En otros países y regiones hubo intentos de pacificación y acercamientos que lograron frutos y otros que parecían promisorios" (Fratelli tutti, 10).

"El mundo avanzaba de manera implacable hacia una economía que, utilizando los avances tecnológicos, procuraba reducir los "costos humanos", y algunos pretendían hacernos creer que bastaba la libertad de mercado para que todo estuviera asegurado. Pero el golpe duro e inesperado de esta pandemia fuera de control obligó por la fuerza a volver a pensar en los seres humanos, en todos, más que en el beneficio de algunos. Hoy podemos reconocer que «nos hemos alimentado con sueños de esplendor y grandeza y hemos terminado comiendo distracción, encierro y soledad; nos hemos empachado de conexiones y hemos perdido el sabor de la fraternidad. Hemos buscado el resultado rápido y seguro y nos vemos abrumados por la impaciencia y la ansiedad. Presos de la virtualidad hemos perdido el gusto y el sabor de la realidad»[32]. El dolor, la incertidumbre, el temor y la conciencia de los propios límites que despertó la pandemia, hacen resonar el llamado a repensar nuestros estilos de vida, nuestras relaciones, la organización de nuestras sociedades y sobre todo el sentido de nuestra existencia" (Fratelli tutti, 33).

"La historia del buen samaritano se repite: se torna cada vez más visible que la desidia social y política hace de muchos lugares de nuestro mundo un camino desolado, donde las disputas internas e internacionales y los saqueos de oportunidades dejan a tantos marginados, tirados a un costado del camino. En su parábola, Jesús no plantea vías alternativas, como ¿qué hubiera sido de aquel malherido o del que lo ayudó, si la ira o la sed de venganza hubieran ganado espacio en sus corazones? Él confía en lo mejor del espíritu humano y con la parábola lo alienta a que se adhiera al amor, reintegre al dolido y construya una sociedad digna de tal nombre" (Fratelli tutti, 71).

"Los cristianos pedimos que, en los países donde somos minoría, se nos garantice la libertad, así como nosotros la favorecemos para quienes no son cristianos allí donde ellos son minoría. Hay un derecho humano fundamental que no debe ser olvidado en el camino de la fraternidad y de la paz; el de la libertad religiosa para los creyentes de todas las religiones. Esa libertad proclama que podemos «encontrar un buen acuerdo entre culturas y religiones diferentes; atestigua que las cosas que tenemos en común son tantas y tan importantes que es posible encontrar un modo de convivencia serena, ordenada y pacífica, acogiendo las diferencias y con la alegría de ser hermanos en cuanto hijos de un único Dios»" (Fratelli tutti, 279).

"Con el Gran Imán Ahmad Al-Tayyeb no ignoramos los avances positivos que se dieron en la ciencia, la tecnología, la medicina, la industria y el bienestar, sobre todo en los países desarrollados. No obstante, «subrayamos que, junto a tales progresos históricos, grandes y valiosos, se constata un deterioro de la ética, que condiciona la acción internacional, y un debilitamiento de los valores espirituales y del sentido de responsabilidad. Todo eso contribuye a que se difunda una sensación general de frustración, de soledad y de desesperación. […] Nacen focos de tensión y se acumulan armas y municiones, en una situación mundial dominada por la incertidumbre, la desilusión y el miedo al futuro y controlada por intereses económicos miopes». También señalamos «las fuertes crisis políticas, la injusticia y la falta de una distribución equitativa de los recursos naturales. […] Con respecto a las crisis que llevan a la muerte a millones de niños, reducidos ya a esqueletos humanos —a causa de la pobreza y del hambre—, reina un silencio internacional inaceptable». Ante este panorama, si bien nos cautivan muchos avances, no advertimos un rumbo realmente humano" (Fratelli tutti, 29).

El Papa retoma las reflexiones sobre la oración y habla del profeta Elías

Hacen falta cristianos valientes frente a quienes mandan

«Cuánta necesidad tenemos de creyentes, de cristianos celantes, que actúen delante de personas que tienen responsabilidad de dirección con la valentía de Elías»: lo subrayó el Papa hablando del profeta en la audiencia general del miércoles 7 de octubre. Francisco ha retomado las catequesis sobre la oración que había interrumpido durante algunas semanas dedicando un ciclo al tema de la sanación del mundo en tiempo de pandemia. Publicamos a continuación el texto de la reflexión pronunciada por el Pontífice durante el encuentro con los fieles en el aula Pablo VI.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Retomamos hoy las catequesis sobre la oración, que interrumpimos para hacer las catequesis sobre el cuidado de la creación y ahora retomamos; y encontramos a uno de los personajes más interesantes de toda la Sagrada Escritura: el profeta Elías. Él va más allá de los confines de su época y podemos vislumbrar su presencia también en algunos episodios del Evangelio. Aparece junto a Jesús, junto a Moisés, en el momento de la Transfiguración (cfr. *Mt* 17, 3). Jesús mismo se refiere a su figura para acreditar el testimonio de Juan el Bautista (cfr. *Mt* 17, 10-13).

En la Biblia, Elías aparece de repente, de forma misteriosa, procedente de un pequeño pueblo completamente marginal (cfr. 1 *Re* 17, 1); y al final ve obligado a lidiar con sus propias fragilidades. Es difícil decir qué experiencias fueron más útiles: si la derrota de los falsos profetas en el monte Carmelo (cfr. 1 *Re* 18, 20-40), o el desconcierto en el que se da cuenta que "no soy mejor que mis padres" (cfr. 1 *Re* 19, 4). En el alma de quien reza, el sentido de la propia debilidad es más valioso que los momentos de exaltación, cuando parece que la vida es una cabalgata de victorias y éxitos. En la oración sucede siempre esto: momentos de oración que nosotros sentimos que nos levantan, también de entusiasmo, y momentos de oración de dolor, de aridez, de pruebas. La oración es así: dejarse llevar por Dios y dejarse también golpear por situaciones malas y tentaciones. Esta es una realidad que se encuentra en muchas otras vocaciones bíblicas, también en el Nuevo Testamento, pensemos por ejemplo en San Pedro y San Pablo.

saldrá de escena, bajo los ojos del discípulo Eliseo, en un carro de fuego que lo sube al cielo (cfr. 2 *Re* 2, 11-12). Es por tanto un hombre sin un origen preciso, y sobre todo sin un final, secuestrado en el cielo: por esto su regreso era esperado antes del advenimiento del Mesías, como un precursor. Así se esperaba el regreso de Elías.

La Escritura nos presenta a Elías como un hombre de fe cristalina: en su mismo nombre, que podría significar "Yahveh es Dios", está encerrado el secreto de su misión. Será así durante toda la vida: hombre recto, incapaz de acuerdos mezquinos. Su símbolo es el fuego, imagen del poder purificador de Dios. Él primero será sometido a dura prueba, y permanecerá fiel. Es el ejemplo de todas las personas de fe que conocen tentaciones y sufrimientos, pero no fallan al ideal por el que nacieron.

La oración es la savia que alimenta constantemente su existencia. Por esto es uno de los personajes más queridos por la tradición monástica, tanto que algunos lo han elegido como padre espiritual de la vida consagrada a Dios. Elías es el hombre de Dios, que se erige como defensor del primado del Altísimo. Sin embargo, él también se creyentes se comportan así, hacen muchas injusticias, porque no han ido antes donde el Señor a rezar, a discernir qué deben hacer.

Las páginas de la Biblia dejan suponer que también la fe de Elías ha conocido un progreso: también él ha crecido en la oración, la ha refinado poco a poco. El rostro de Dios se ha hecho para él más nítido durante el camino. Hasta alcanzar su culmen en esa experiencia extraordinaria, cuando Dios se manifiesta a Elías en el monte (cfr. 1 *Re* 19, 9-13). Se manifiesta no en la tormenta impetuosa, no en el terremoto o en el fuego devorador, sino en el «susurro de una brisa suave» (v. 12). O mejor, una traducción que refleja bien esa experiencia: en un hilo de silencio sonoro. Así se manifiesta Dios a Elías. Es con este signo humilde que Dios se comunica con Elías, que en ese momento es un profeta fugitivo que ha perdido la paz. Dios viene al encuentro de un hombre cansado, un hombre que pensaba haber fracasado en todos los frentes, y con esa brisa suave, con ese hilo de silencio sonoro hace volver a su corazón la calma y la paz.

Esta es la historia de Elías, pero parece escrita para todos nosotros. Algunas noches podremos sentirnos inútiles y solos. Es entonces cuando la oración vendrá y llamará a la puerta de nuestro corazón. Un borde de la capa de Elías podemos recogerlo todos nosotros, como ha recogido la mitad del manto su discípulo Eliseo. E incluso si nos hubiéramos equivocado en algo, o si nos sintiéramos amenazados o asustados, volviendo delante de Dios con la oración, volverán como por milagro también la serenidad y la paz. Esto es lo que nos enseña el ejemplo de Elías.

También su vida era así: momentos de júbilo y momentos de abatimiento, de sufrimiento.

Elías es el hombre de vida contemplativa y, al mismo tiempo, de vida activa, preocupado por los acontecimientos de su época, capaz de arremeter contra el rey y la reina, después de que habían hecho asesinar a Nabot para apoderarse de su viña (cfr. 1 *Re* 21, 1-24). Cuánta necesidad tenemos de creyentes, de cristianos celantes, que actúen delante de personas que tienen responsabilidad de dirección con la valentía de Elías, para decir: "¡Esto no se hace! ¡Esto es un asesinato!" Necesitamos el espíritu de Elías. Él nos muestra que no debe existir dicotomía en la vida de quien reza: se está delante del Señor y se va al encuentro de los hermanos a los que Él envía. La oración no es un encerrarse con el Señor para maquillarse el alma: no, esto no es oración, esto es oración fingida. La oración es un encuentro con Dios y un dejarse enviar para servir a los hermanos. La prueba de la oración es el amor concreto por el prójimo. Y viceversa: los creyentes actúan en el mundo después de estar primero en silencio y haber rezado; de lo contrario su acción es impulsiva, carece de discernimiento, es una carrera frenética sin meta. Los

Al finalizar la catequesis, el Papa dirigió un saludo a los grupos de fieles en las distintas lenguas.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Por intercesión de Nuestra Señora del Rosario, el Señor nos conceda crecer en nuestro camino de oración, para vivir en intimidad con Él, y haga que, en medio de este tiempo de pandemia, nuestra vida sea un servicio amoroso a todos nuestros hermanos y hermanas, en especial a quienes se sienten abandonados y desprotegidos. Que Dios los bendiga a todos.